

Paisaje con figuras de la tierra aragonesa: hombres célebres, varones ilustres y héroes de un antiguo país*

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN

*Departamento de Historia Moderna y Contemporánea
Universidad de Zaragoza*

No trato de pintar para la posteridad las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que haya habido jamás (Voltaire, *El siglo de Luis XIV*).

Resumen: A lo largo del XIX, los hombres de letras pasaron a ser considerados los «verdaderos héroes de la edad moderna». El artículo utiliza la memoria autobiográfica del historiador zaragozano Eduardo Ibarra para reconstruir el paisaje de figuras literarias y grandes hombres que se consolidaron como modelos de la comunidad aragonesa y española en el periodo de la Restauración. A diferencia de lo ocurrido en Europa tras la experiencia de la Gran Guerra, en la España del primer tercio del siglo XX no se renovó el sentimiento nacional basado en el culto político a los muertos, y las políticas de heroización mantuvieron los esquemas decimonónicos hasta 1936.

Palabras clave: historiografía, historia cultural, hombres de letras, escritores, historiadores, héroes, Eduardo Ibarra, Aragón, España, siglo XIX, siglo XX.

Abstract: Although the Nineteenth Century, men of letters became the «real heroes of the Modern Age». This article visits the autobiographical reminiscences of Eduardo Ibarra (historian from Zaragoza), in order to depict the landscape of literary characters and great men who merged themselves as community models, even in Aragon and the entire Spain, during the Bourbon Restoration. Differently to what happened in Europe after the Great War, during the first third of the

* Este artículo se integra dentro del Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad.

Twentieth Century Spain, the national sentiment based upon the cult of the death great men was not renewed. In contrast, the politics of heroization according to the Nineteenth-Century schemes remained until 1936.

Key words: historiography, cultural history, men of letters, writers, historians, heroes, Eduardo Ibarra, Aragón, Spain, XIXth century, XXth century.

Ernst Kantorowicz comenzó uno de sus artículos más conocidos con el comentario de la carta pastoral del cardenal Mercier *Patriotisme et Endurance*, leída en las navidades de 1914 en una Bélgica ocupada por los alemanes¹. El trabajo formaba parte del corpus historiográfico dedicado a la teología política medieval que el historiador prusiano, antiguo soldado en el bosque de Argonne, cerca de Verdún y, por entonces, profesor en Berkeley, había iniciado con la biografía del *Kaiser Friedrich der Zweite* (1927) y completaría, seis años después, al editar *The King's Two Bodies*².

Recién estrenado 2014, huelga decir que esta referencia inicial no responde, simplemente, a la propensión característica de los historiadores a celebrar efemérides (en este caso, el centenario del comienzo de la Gran Guerra). Antes bien, obedece a la original interpretación histórica de la antigua idea *pro patria e mori* que contiene el texto de Kantorowicz. En sus páginas, rastrea la imbricación del concepto con la noción cristiana del martirio, de cómo se fue llenando de contenidos a través de las estrechas relaciones establecidas entre la religión y el patriotismo, de los mecanismos de penetración sentimental en los combatientes y, en último término, de la extensión temporal del «atractivo imperecedero de los héroes de guerra del país» (desde las Cruzadas hasta el conflicto de 1914-1917, continuada, por supuesto, durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra de 1945)³. Esta intensa revalorización emocional se vio acentuada, sin duda, por la modernidad que trajo consigo la consolidación de los Estados y de las naciones. Percibidos los Estados nacionales como los nuevos *corpus mysticum* de la política, el sacrificio voluntario de los guerreros-ciudadanos se elevó a la condición de ejemplo supremo del patriotismo.

1. Ernst H. Kantorowicz, «Pro Patria Mori in Medieval Political Thought», *The American Historical Review*, 56, 3 (April 1951), pp. 472-492.

2. Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del Rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Akal, 2012 (estudio preliminar de José Manuel Nieto Soria, pp. 5-20).

3. Un apunte en Keith Lowe, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, pp. 86-88.

Y se constituyó, a la vez, en un componente venerable de la pedagogía de la solidaridad, considerada entre las virtudes más tradicionales del héroe en el nuevo espacio histórico de la nación.

En 1836, Wilhelm von Humboldt, al principio de su libro *Sobre la diversidad del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo espiritual de la humanidad*, escribió que el lenguaje, además de ser el único patrimonio de los individuos, «es para la nación lo que infaliblemente hará que nazcan y se desarrollen en ella las grandes personalidades»⁴. Ciento cincuenta años después, en el análisis comparado que William Johnston consagró al culto de los aniversarios en la cultura contemporánea, señaló, entre otras cuestiones, los diferentes contenidos de las celebraciones en países vencedores en los grandes conflictos bélicos del siglo XX como Francia o Gran Bretaña (con gran predominio de los acontecimientos y los hombres políticos y/o militares) frente a los vencidos Alemania o Italia donde la política se rebaja ante la exaltación de la cultura y las efemérides de los grandes artistas⁵. En 1988, el antropólogo especialista en santos y místicos cristianos, Jean-Pierre Albert, estableció una completa tipología de las glorias locales, de los héroes y las heroínas nacionales que crecieron durante el siglo XIX «en función de una lectura identitaria de la historia»⁶. Y más recientemente, el historiador italiano Alberto Mario Banti ha escrito con acierto que, al lado del *sacrificio* y del *honor/virtud*, el *parentesco* aparece como una tercera *figura profunda* que se coloca en la constelación funcional del nacionalismo. En su opinión, a través de una imagen tan obvia y fácilmente accesible, se estructura una de las matrices que construyen el lenguaje nacional. Para él, «imaginar la nación como un sistema de parentesco, es decir, como una red de relaciones que se extienden hacia atrás, hacia las generaciones precedentes, que actúa en el presente con los contemporáneos y que se proyecta hacia el futuro de las generaciones venideras», además de dar una enorme importancia al nexo biológico entre las generaciones y los individuos (a términos como *raza* o *sangre*), significa, antes de nada, pensarla:

4. Cit. por Emilio Lledó, *Los libros y la libertad*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 36-37. La cita en Wilhem von Humbolt, *Sobre la diversidad del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Traducción y prólogo de Ana Agud, Barcelona-Madrid, Anthropos-Ministerio de Educación y Ciencia, 1990, p. 24.

5. William Johnston, *Post-modernisme et bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, Paris, PUF, 1992.

6. Jean-Pierre Albert, «Du martyr à la star. Les métamorphoses des héros nationaux», en Pierre Centlivres, Daniel Fabre y François Zonabend (dirs.), *La fabrique des héros*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1998, p. 15.

como una «comunidad de descendencia», dotada de una genealogía propia o, si se prefiere, de una historicidad específica propia. A partir de este tipo de concepción, la reflexión sobre la historia y sobre los grandes hombres de la comunidad (Dante, Petrarca, Machiavelli, Parini) adquiere significado. Lo que vincula las acciones realizadas por las generaciones pasadas (la batalla de Legnano, las vísperas sicilianas, el duelo de Barletta, la defensa de Florencia, la revuelta de Génova, entre otras) al presente de la nación es tanto una concepción «figural de la historia», como el hecho de que los grandes hombres o los combatientes del pasado pertenecen por «naturaleza» a la comunidad cuya historia han ilustrado⁷.

De esta manera, porque el Diecinueve fue, entre otras muchas cosas más, la centuria de la historia y de los superhombres, de los territorios nacionales y de sus confines locales, en las siguientes páginas me serviré de la condición heroica con la que fueron investidos algunos actores del Aragón finisecular para abocetar un paisaje con figuras, de personajes célebres, descendientes y continuadores de las glorias literarias del Viejo Reino. Una tierra unificada y monolítica, según comenzaron a escribir los escritores de historia de aquel entonces, que los movimientos tectónicos de la política, las presiones de la sociedad y los cambiantes escenarios de la cultura, habían transformado en una región de la contemporánea nación española⁸.

Por lo demás, sin entrar en los debates más actuales sobre la *grandeza* o la *excepcionalidad* de los individuos y la negación de su importancia en el desarrollo de la historia⁹, quiero advertir, de entrada, que los aragoneses mencionados en el texto no son reyes, ni santos, ni tan siquiera guerreros. Y señalar, después, que nuestra selección está filtrada por la memoria autobiográfica del historiador Eduardo Ibarra. La mirada lectora de este personaje de la cultura local zaragozana le permitió dejar el testimonio de quienes se constituyeron en los héroes

7. Alberto Mario Banti, «El discurso nacional italiano y sus implicaciones políticas (1800-1922)», en Ferrán Archilés, Marta García Carrión e Ismael Saz (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, València, Universitat de València, 2013, pp. 51-52. Algunos vectores de reflexión que plantea la relación entre las biografías de los individuos y las identidades nacionales, en Xosé M. Núñez Seixas y Fernando Molina Aparicio, «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en el libro colectivo editado por los dos autores citados, *Los heterodoxos de la patria: biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 11-17.

8. Sobre la construcción de la historia provincial aragonesa, véase mi libro *Luces de la Historia. Estudios de historiografía aragonesa*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2014, pp. 169-253. Una completa relación bibliográfica en Ángel Artal Burriel, *Historias municipales aragonesas*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010.

9. Véase mi artículo, «En el taller del historiador: la(s) biografía(s) como práctica histórica e historiográfica», *Gerónimo Uztariz*, 28-29 (2012-2013), pp. 8-27. En cualquier caso, no hace falta decir que la centuria decimonónica fue, también, el siglo de las clases y del pueblo, de los movimientos sociales y de las revoluciones.

literarios de su juventud. Y eso, antes de dar el salto a la élite de los catedráticos españoles destinados en la Universidad Central de Madrid.

HOMBRES DE LETRAS: «VERDADEROS HÉROES DE LA EDAD MODERNA»

Para esta ocasión, pues, los elegidos pertenecen a la saga de Zurita, los Argensola o Gracián y encajan dentro de la amplia categoría de los *hombres de letras*, de los profetas del pensamiento y de los sabios que pusieron su trabajo científico e intelectual al servicio de la patria. Los nombres de todos ellos están traídos hasta aquí como manifestación esencial del tipo de héroe moderno que, avanzado en el siglo XVII por el famoso jesuita aragonés¹⁰, debía mucho a Johann Wolfgang von Goethe. Y, especialmente, a la trascendencia alcanzada por el *Goethezeit* en el universo de la cultura europea decimonónica y, aún mundial, durante las primeras cuatro décadas del siglo XX («No seríamos hoy lo que somos, sin Goethe», confesó el último mandarín del historicismo alemán, Friedrich Meinecke; «Goethe el libertador, Goethe el educador», dijo Ortega y Gasset)¹¹.

En ese orden, no estará de más empezar recordando aquí que la recepción en nuestro país del maestro alemán vino de la mano del montisonense José Mor de Fuentes. Políglota y cosmopolita, este escritor que bebió del venero de la Ilustración y se impregnó del moderno *espíritu del siglo* diecinueve (de los románticos y de los liberales), fue el traductor y autor de la primera edición crítica de *Las cuitas del joven Werther* (1835)¹². Mientras tanto, en el mercado europeo e internacional, la enorme difusión de las ideas del consejero áulico de Weimar fue responsabilidad de Thomas Carlyle que, en 1824, vertió al inglés los cuatro volúmenes de *Los años de aprendizaje de Wilhelm*

10. Aurora Egido señala que Gracián concibe «la grandeza del héroe no como puro trasunto bélico e incluso político, sino vinculando también a ella la grandeza que se puede alcanzar con el ejercicio de las letras. No en vano ya en el primer XII (f. 46) *El Héroe* cifra la excelencia heroica no solo en las hazañas, sino en las plumas que las celebran» (cf. «Estudio preliminar» a Baltasar Gracián, *El Héroe*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» p. LXI). Una contextualización de la obra, en Jesús Pérez Magallón, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el Tiempo de los Novatores (1675-1725)*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 239-255.

11. Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, Madrid, F.C.E., 1983, p. 379. La frase de Ortega en Mercedes Martín Cinto, «Recepción de *Werther* en España», en Juan Jesús Zaro (ed.), *Traductores y traducciones de literatura y ensayo (1835-1919)*, Granada, Editorial Comares, 2007, p. 84.

12. Véase M. Martín Cinto, *op. cit.*, pp. 86-89; y Jesús Casada Teresa, *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Monzón, CEHIMO, 1994.

Meister (1824)¹³. Este entusiasta admirador de Goethe publicó *Sartor Resartus*, auténtica novela de formación cuyo primer libro es plenamente autobiográfico¹⁴. Y, poco después, se hizo historiador contemporáneo al editar en tres volúmenes una *Historia de la Revolución Francesa*¹⁵. Sin embargo, frente al derecho de las masas invocado por el patriarca Voltaire y, fundamentalmente, porque las masas desbocadas de la Revolución le dieron miedo, en las siguientes décadas la filosofía de la historia y de la vida del fugaz rector de la Universidad de Edimburgo le condujo a resaltar el papel de los héroes individuales, ejemplarizados en sus obras sobre Oliver Cromwell (1845) y la biografía de Federico II de Prusia (1858-1865). De todos modos, el plan de estos libros lo había esbozado en la media docena de conferencias reunidas bajo el título de *Los Héroes*, en las que, superando las ideas de su admirado Goethe, estableció las seis categorías fundamentales de su evolución histórica y la aparición de una teoría de culto al héroe y del heroísmo en la historia¹⁶. En su conocida quinta lectura, dictada el 19 de mayo de 1840, otorgaba presencia a los *litteratos* (*Men of Letters*), juzgados como la más novedosa y principal forma de heroísmo¹⁷.

Para el sabio de Chelsea (que ante la «cuestión social» y las reivindicaciones del *Chartism*, reclamó la actuación de una verdadera aristocracia, fundada en el mérito), se trataba de una República literaria liderada por las figuras de Fichte y Goethe, entre cuyos representantes más sobresalientes contaba a Samuel Johnson, Jean-Jacques Rousseau o su paisano Robert Burns. Un senado académico de notables, «verdaderos héroes de la edad moderna», para quienes:

Su vida es un fragmento del sempiterno corazón de la Naturaleza, siéndolo todos, más los débiles desconocen la realidad, siéndole infieles las más de las veces, mientras los fuertes son heroicos, perennes, porque

13. Su consideración como la novela de formación por antonomasia en Miguel Salmerón, *La novela de formación y peripecia*, Madrid, A. Machado Libros, 2002, pp. 107-119.

14. Thomas Carlyle, *Sartor Resartus: The Life and Opinions of Herr Teufelsdröckh*, London, Chapman and Hall, 1831, pp. 1-142.

15. Th. Carlyle, *The French Revolution: a history*, 3 vols., London, Chapman and Hall, 1837. En 1900, Miguel de Unamuno tradujo la obra para la editorial *La España Moderna* (el libro contó con tres ediciones consecutivas hasta 1902); *vid.* Juan Antonio Yeves Andrés (con la colaboración de F. J. Martínez Rodríguez y M. Tostón Olalla), *La España Moderna. Catálogo de la Editorial. Índice de las revistas*, Madrid, Libris (Asociación de Libreros de Viejo), 2002, pp. 123, 132 y 136.

16. Carlyle presentaba a los héroes como los guías benevolentes de las masas, modelos fundadores del orden social, investidos de los símbolos del poder (político y cultural) en quienes cristalizaban las acciones y emociones de la época, véase Sabina Loriga, *Le Petit X. De la biographie à l'histoire*, Paris, Éditions du Seuil, 2010, pp. 62-92.

17. Th. Carlyle, *Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, London, Chapman and Hall, 1840, pp. 143-180.

la verdad no puede ocultárseles. El literato, como todos los héroes, existe para proclamarla como le sea posible. Interiormente realiza la misma función que aquellos a quienes las remotas generaciones llamaron profetas, sacerdotes, divinidades, debido a que todos ellos vinieron al mundo para lo mismo: para expresar o llevar a cabo lo que había que hacer¹⁸.

En todo caso, como sucederá con el resto de *padres de la patria* y figuras emblemáticas que pueblan los panteones de las naciones, la muerte como culminación de unas trayectorias singulares unida a los azares históricos de la posteridad, se sitúan entre las condiciones necesarias para la consolidación del discurso heroico de los hombres de letras¹⁹. Una fortuna postrera elaborada en los cambiantes entornos de las *políticas del pasado*, teatralizadas —siguiendo la terminología charteriana— en una variable sucesión de rituales y ceremonias civiles, fiestas políticas y conmemoraciones culturales.

Por lo demás, dentro de estos «ritos de interacción» que, en tanto en cuanto representaciones de las relaciones entre los individuos y la comunidad otorgan sentido a la realidad que les ha tocado vivir, los funerales oficiales abrían las puertas de los afectos colectivos del público, contribuyendo, de manera especial, al despertar de las emociones y los sentimientos de pertenencia de los más jóvenes²⁰. Ahora bien, antes de los símbolos sociales y las identidades políticas, en el espíritu de la época estaba la *familia* (importante no solo por el «capital cultural heredado», señalado hace años por Bourdieu; sino, también, por haberse convertido «en sinónimo de la comunidad nacional en su conjunto, o en un término que indica su núcleo fundacional mínimo»)²¹. Y, a su lado, se encontraba el individualismo posesivo como fomento del ansia por la educación, el autodidactismo y el deseo de «querer ser» a través de la imitación creativa de los modelos²².

18. *Ibidem*, pp. 144-145. [La traducción pertenece a la edición al cuidado de Francisco L. Cardona Castro de *Los Héroes*, Barcelona, Bruguera, 1967, pp. 224-225].

19. Un recorrido histórico sobre las construcciones heroicas en Daniel Fabre, «L'atelier des héros», en P. Centlivres, D. Fabre y F. Zonabend (dirs.), *La fabrique des héros*, pp. 233-318.

20. Véase Emmanuel Fureix, *La France des larmes. Deuils politiques à l'âge romantique (1814-1840)*, Paris, Champ Vallon, 2009 (especialmente pp. 13-21); y «Sensibilités et politique. L'exemple du culte des morts à l'âge romantique», en Anne-Emmanuelle Demartini y Dominique Kalifa (dirs.), *Imaginaire et sensibilités aux XIXe siècle. Études pour Alain Corbin*, Paris, Éditions Créphis, 2005, pp. 137-146. Por su parte, el tratamiento que el tema de la muerte recibía en la prensa de la época en Antonio Belmonte, *Muertos de papel. La muerte en la historia, la prensa y las esquelas*, Albacete, Antonio Belmonte, 1998.

21. A. M. Banti, «El discurso nacional italiano y sus implicaciones políticas (1800-1922)», p. 53.

22. Véase el amplio ensayo de Javier Gomá Lanzón, *Imitación y experiencia*, Barcelona, Crítica, 2005; y Richard Posner, *El pequeño libro del plagio*, Madrid, El Hombre del Tres, 2013, pp. 54-66.

DUELOS, RITOS Y CENIZAS ILUSTRES

Por esos caminos, los recuerdos autobiográficos de Eduardo Ibarra y Rodríguez registran la estrecha relación sentimental que le unió a su padre Clemente hasta la muerte de este, acaecida en Calatayud a finales de julio de 1899. Esta coherente sublimación de la memoria del padre-profesor (catedrático de *Disciplina Eclesiástica*, decano de la Facultad de Derecho y vicerrector de la Universidad de Zaragoza) sirve, antes de nada, para corroborar cómo el curso de la vida profesional del futuro titular de la cátedra de *Historia Universal* de Zaragoza y de la Central madrileña estuvo determinado por los azares de la vida familiar (en 1888, con apenas veintidós años ingresó en el escalafón oficial de catedráticos y se jubiló en 1940)²³. De hecho, convertido el hogar en una extensión de la universidad y la cultura en una relación ritualizada dentro de la misma casa, no tiene nada de sorprendente que el estudiante asumiera con naturalidad el hábito de la lectura y manifestara desde su edad más temprana una gran curiosidad por el entorno cultural que le rodeaba.

Pasados los años, en 1902, con motivo del homenaje a la primera *Revista de Aragón* creada en 1878, rescataría uno de sus escasos recuerdos juveniles para celebrar el estímulo que significó la publicación en el despertar de su apetito intelectual. «Recuerdo que entonces, al abrirse mi entendimiento á los placeres de la ciencia y del arte (estudiaba en el Instituto), leía con avidez los números de la Revista, que sólo á medias, y muy a medias, lograba entender»²⁴. Situado el acontecimiento en el segmento de su vida comprendido entre los doce y catorce años, tal vez se trate de un recuerdo distorsionado, una experiencia adaptada

23. Las ideas que siguen y los datos biográficos de los Ibarra en mis trabajos, «La circunstancia universitaria del catedrático Eduardo Ibarra y Rodríguez», en Ignacio Peiró Martín y Guillermo Vicente y Guerrero (coords.), *Estudios históricos sobre la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 141-168; el prólogo a la reedición del libro de Eduardo Ibarra, *El problema cerealista en España durante el reinado de los Reyes Católicos (1475-1516)*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2014 (en prensa); y en el libro que lo continúa, *Los maestros de la Historia: Eduardo Ibarra y la profesión de historiador en España* (en preparación).

24. Eduardo Ibarra y Rodríguez, «Homenaje», *Revista de Aragón* (enero 1902), p. 1. Ibarra fue el fundador-director, junto a Julián Ribera y Miguel Asín, de la segunda *Revista de Aragón* (continuada en Madrid, a partir de 1906, como *Cultura Española*); véase José-Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982; y los artículos de María Dolores Albiac, «En torno al regeneracionismo: de Revista de Aragón a Cultura Española», en María Ángeles Naval (coord.), *Cultura burguesa y letras provincianas (Estudios sobre el periodismo en Aragón entre 1834 y 1936)*, Zaragoza, Mira Editores, 1993, pp. 301-335; y «Regeneracionismo y literatura en la revista *Cultura Española* (1906-1909)», en José Luis García Delgado (dir.), *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 489-532.

al momento y el contexto de la rememoración. Sin embargo, no deja de ser menos revelador del tipo de lecturas e ideas que moldearon el pensamiento del joven Ibarra.

De ese modo, aunque no es posible determinar con seguridad las obras y autores que leyó por entonces y cuáles apreció en particular, cabe pensar que su conocimiento de los literatos y grandes sabios de la región comenzó, al menos en parte, con los trabajos que vieron la luz en aquel «empeño voluntarioso y provinciano» que fue la *Revista de Aragón*. Hermana menor de las tres mayores publicaciones de *alta cultura* de la España del momento (la *Revista de España*, la *Europea* y la *Contemporánea*), como escribió José-Carlos Mainer,

la publicación de 1878 ocupa un destacado lugar en la secuencia regionalista que arranca de la segunda mitad del siglo XVIII, elabora sus referencias prestigiosas en la época romántica (a la vez que la atención a lo *pintoresco*, a lo *costumbrista*, siembra las futuras cosechas de un folclorismo elemental y cazarro) y se prepara a desplegar al calor del regeneracionismo finisecular²⁵.

Por primera vez, respondiendo al llamamiento de la redacción «á una entusiasta juventud»²⁶, el aventajado estudiante de bachillerato traspasó las puertas de la cultura local y empezó a descubrir, por sí mismo, los perfiles del espacio cultural aragonés. Un paisaje de horizontes limitados, henchido de tradición y sociabilidad erudita, que construía su singularidad emergente en su correspondencia con la realidad de la cultura nacional española y cuyos aspectos mundanos —con sus catedráticos y abogados, eruditos, literatos y periodistas, anécdotas profesionales y ambientes sociales— le eran familiares desde niño.

Con la avidez propia de los recién llegados, la mirada lectora de Ibarra pudo detenerse ante la galería de hombres célebres del antiguo país, entusiasmarse con las campañas en defensa de los monumentos locales, embeberse de la especificidad de un pasado proyectado en las pinturas de historia y el derecho foral o compartir con sus contemporáneos la fascinación por la trayectoria cívica y erudito-literaria de Jerónimo Borao, fallecido a las 9 de la mañana del sábado 23 de

25. J.-C. Mainer, «Sobre la Revista de Aragón (1878-1880)», prólogo a la edición microfotográfica de la *Revista de Aragón (1878-1880)*, Teruel, IET, 1991, reproducido en M.^a Á. Naval (coord.), *Cultura burguesa y letras provincianas*, pp. 147-148. La consulta de la revista en red <<http://ifc.dpz.es/publicaciones/ver?id/3108>>.

26. La Redacción, «A nuestros lectores», *Revista de Aragón*, I, 1 (domingo 6 de octubre de 1878), p. 1.

noviembre de 1878²⁷. A fin de cuentas, se trataba de un respetado profesor cuyo libro «de lectura» había estudiado en la escuela y a quién, sin duda, había conocido en las salas de la Universidad zaragozana²⁸. Y un eximio escritor al que, ahora, veía convertido en el icono colectivo que «encarnaba la dimensión localista de cuanto admiraban» aquel grupo de aficionados a las letras de la alta Restauración que, a primera hora de la tarde del domingo, asistieron a su funeral en la iglesia de San Pedro Nolasco²⁹. Mezclado entre la gente, el joven Ibarra debió de contemplar el espectáculo público de la muerte: el pequeño ataúd cubierto con «un birrete de flecos todo negro, una banda de gran cruz de Carlos III [...], y un bastón de mando»³⁰, acompañado por la marcha vacilante del terno y la cruz alzada, la gran corona costeada por los estudiantes universitarios y la procesión compuesta por «lo que de más notable, en ciencias y letras, encierra la capital de Aragón»³¹.

En un mundo de mayores donde la juventud no representaba un valor por sí mismo, los catedráticos y dignatarios locales eran discretamente señalados por los padres de los otros muchachos que participaban en las exequias del prohombre de la patria aragonesa:

Ese que preside, con rojo, es Mosén Pedro Berroy; ese que no se quita el birrete amarillo es Don Genaro Casas, el médico; ya lo conocías; ese de azul claro y barba gris es Don Pablo Gil y Gil, mi condiscípulo de la escuela; ese otro de azul oscuro, gran barba negra y cabellera ensortijada es Don Bruno Solano, un sabio; ese otro de birrete rojo y blanco es Don Clemente Ibarra; rojo es Derecho, blanco es Teología; ese otro viejo de azul claro y barba blanca es Don José Puente y Villanúa, otro sabio, y

27. Una aproximación biográfica reciente en José Eugenio Borao Mateo, *Jerónimo Borao y Clemente (1821-1878). Escritor romántico, catedrático y político aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014.

28. Con el seudónimo de Tiburcio Clemente, Borao escribió, en colaboración con Leandro Bescós, *El Tesoro de la Infancia. Método de lectura*, Zaragoza, 1856.

29. J.-C. Mainer, «Sobre la *Revista de Aragón* (1878-1880)», p. 144.

30. Juan Moneva y Puyol (1871-1951), futuro catedrático de *Derecho Canónico* de la Facultad de Zaragoza (ingresó en 1903 y se jubiló en 1941), tenía siete años cuando, después de comer y vestido «casi de gala», acompañó a su padre al entierro de Borao (*Memorias*, Zaragoza, Talleres de Artes Gráficas de «El Noticiero», 1952, p. 50). Ferviente católico, conservador, maurista y franquista tras la guerra civil, este prolífico escritor, anticostista declarado y controvertido publicista, fue desde su juventud uno de los grandes amigos de Eduardo Ibarra, siendo auxiliar de la cátedra durante los últimos años de docencia de su padre. Moneva dedicó a los dos Ibarra numerosas referencias en sus *Memorias* escritas en 1947.

31. Baldomero Mediano y Ruiz, «Crónica semanal», *Revista de Aragón*, I, 9 (domingo 1 de diciembre de 1878), p. 66. Además de la noticia del fallecimiento del Rector publicada en la *Revista de Aragón*, I (domingo 24 de diciembre de 1878), p. 64, y la breve descripción del sepelio, en los siguientes números, junto a la biografía escrita por Cosme Blasco citada más adelante y la noticia del retrato «que, en breves momentos, hizo del finado, D. Joaquín Pallarés, pintor zaragozano», aparecerán otras informaciones como el homenaje que le tributó la sociedad zaragozana la noche del sábado 7 de diciembre en el Teatro Principal («Crónica semanal», *Revista de Aragón*, I, 11 (domingo 15 de diciembre de 1878), p. 83).

tan sabio como en su Facultad, en música; ese completamente calvo es Don Roberto Casajús, de Derecho; ese es Ríos, uno de los boticarios del Coso; el que va de morado; ese de blanco y azul celeste, Don Manuel José de Lama y Castro Fernández, Rector del Seminario de San Valero, donde aprenden los que van para curas; gallego; muy querido del Señor Arzobispo [...]. Ese de amarillo es Arpal; ese de rojo es Brualla...³².

Convertida la ceremonia del entierro en un rito de iniciación social y heroización ciudadana, el comentario final del padre de Juan Moneva, «Recuérdate de este día y de este hombre que ha muerto», resume la política pedagógica dirigida a fijar en la memoria de las nuevas generaciones los modelos de actuación y conducta de los hombres célebres desaparecidos³³.

De todos modos, porque el hecho fue muy comentado cuando sucedió, desde principios de 1860 en adelante, los estudiantes de Zaragoza que se dirigían a las Facultades de Letras y Derecho sabían que el rostro del Diablo caído en la portada de San Miguel de los Navarros era el de Borao, representado por Félix Oroz (un escultor que quiso embromar a su correligionario político y amigo desde sus tiempos de los Escolapios)³⁴. El tres veces Rector de la Universidad zaragozana que, además de luchar en aquella memorable jornada del 5 de marzo de 1838 y pasar por la cárcel en 1848, dejó testimonio de su acendrado liberalismo esparterista al escribir *la Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854* (acontecimientos revolucionarios en los que participó activamente, siendo el secretario de la Junta y el autor de las leyendas e inscripciones que ilustraban el arco del triunfo levantado para recibir al Duque de la Victoria en Zaragoza)³⁵. Desde las alturas de la piedra, Jerónimo Borao fue la representación permanente de la generación precursora de ingenios, hombres célebres de la ciudad, literatos y artistas, románticos y costumbristas, conspiradores, liberales históricos y patriotas, foralistas y fueristas aragoneses cuyas lápidas comenzaban a poblar el cementerio de Torrero. Un grupo constituido, entre otros muchos, por Braulio Foz, Ángel Gallifa, Mariano Gil y Alcaide, Manuel

32. J. Moneva, *Memorias*, p. 50.

33. *Ibidem*, p. 51.

34. Wifredo Rincón García, *Un siglo de escultura en Zaragoza (1808-1908)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1984, pp. 83-88.

35. La participación de Borao en los acontecimientos de 1838 se narra en el excelente libro de Raúl Mayoral Trigo, *El 5 de marzo de 1838. Aquella memorable jornada... (1838-1844)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014, pp. 16, 87, 179, 208, 211-212, 215, 218, 255-256. La noticia y la entrada de Espartero el 20 de julio de 1854 por la puerta de Santa Engracia la cuenta Mariano Gracia Albar, *Memorias de un zaragozano (1850-1861)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013, pp. 69-73 (la segunda visita en mayo de 1856 en pp. 94-99).

Lasala, Javier de Quinto, José María Huici, Miguel Agustín Príncipe, Ponciano Ponzano o María del Pilar Sinúes³⁶.

HOMBRES CÉLEBRES, VARONES ILUSTRES Y HÉROES DE LA REGIÓN

Pero no todo debió de ser culto a las cenizas ilustres y al patrimonio histórico. Parece posible que el Ibarra catorceañero se dejara arrastrar por el deseo de emular las trayectorias de los vivos y, en un despliegue de independencia intelectual, iniciara el proceso que le llevaría a transformar la voluntad de saber en una necesidad individual. Aguijoneado por los nombres impresos de la catarata de rostros que formaban parte de su vida cotidiana, muy bien pudo identificarse con las imágenes triunfantes de un rosario de paisanos que habían fabricado sus glorias literarias en la Villa y Corte.

Una amplia galería de personajes en la que se daban cita, entre otros, los nombres de Valentín Carderera, Vicente de la Fuente o Mariano Viscasillas y que, muy bien, pudo empezar con la noticia del nuevo académico de la Historia, el sabio católico Francisco Codera³⁷. De hecho, en el momento de su fallecimiento, a este padre de la escuela de arabistas españoles (la tribu de los «Banu Codera»), cuyo núcleo fundador lo formaron un puñado de figuras de la región (Mariano de Pano, Ramón García Linares, Miguel Asín y Palacios, Mariano Sánchez Bruil, Alberto Gómez Izquierdo o Mariano Gaspar Remiro)³⁸, Ibarra lo

36. Junto a los apuntes biográficos de alguno de estos autores redactados por Carlos Forcadell Álvarez en *Rutas del cementerio de Torrero. Ruta de personas ilustres*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 2013, véanse, entre otros, el libro de Guillermo Vicente y Guerrero, *Las ideas jurídicas de Braulio Foz y su proyección política en la construcción del Estado liberal español*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008; y las colaboraciones reunidas por José-Carlos Mainer y José M.^º Enguita (eds.), *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón. V Curso sobre lengua y literatura en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1999.

37. Reseñado por Germán Salinas, «El Nuevo Académico de la Historia», *Revista de Aragón*, II, 19 (domingo 18 de mayo de 1879), pp. 146-149. El discurso de ingreso de Codera, que versó sobre la «Dominación árabe en la Frontera Superior, más o menos, en la cuenca del Ebro y Galicia meridional desde el año 711 al 815», fue contestado por Vicente de la Fuente, *Discursos leídos ante la RAH, en la recepción pública del Sr. D. --, el día 20 de abril de 1879*, Madrid, Imp. de los Sres. Rojas, 1879.

38. La personalidad de Codera (Fonz [Huesca], 28-06-1836 – Fonz [Huesca], 6-11-1917), en María Jesús Viguera, «Al-Ándalus prioritario. El positivismo de Francisco Codera», prólogo a la reedición de Francisco Codera y Zaidín, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, Pamplona, Ugoitxe Editores, 2004, pp. IX-CXXXVII. Una nota sobre la escuela de los arabistas fundada por este altoaragonés de Fonz (Huesca) en mi trabajo, «Los aragoneses en el Centro de Estudios Históricos: historia de una amistad, historia de una «escuela», historia de una profesión», en J.-C. Mainer (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» – Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010, pp. 135-171.

situó en el espacio elevado de los «aragoneses ilustres»³⁹. En la base de esta condición ciudadana se encontraba el apego filial a la patria chica de quienes «por naturaleza» pertenecían a la comunidad. Nuevos héroes contemporáneos de las letras aragonesas capaces de compaginar la vocación intelectual con el compromiso con la tierra que les vio nacer. Y esto era algo que cumplía sobradamente el «buen amigo de mi padre», Francisco Codera:

no fue solo el científico absorto en sus libretos de especialista, enrevesados e ininteligibles para los profanos, no iba los veranos a las playas de moda a formar en la tertulia de un prohombre político: marchaba a Fonz, a su casa solariega, a ver los olivos y los frutales y los terrenos del patrimonio familiar y allí en contacto con los labriegos rudos y atrasados, su amor al terruño patrio y sus amores se exaltaba; los escasos ahorros del modesto sueldo que dejaban en su bolsillo las facturas de los libros, se empleaban en probatinas agrarias para traer máquinas, mejorar los cultivos, levantar, en suma, la situación moral y material de aquellos baturros; no era un hombre que viviera en las nubes de la ideología, miraba a la tierra, a la madre tierra, base y sustento de todos, engendradora de frutos y caracteres, de hombres y de cosas, y así vivía feliz y dichoso, querido y respetado, católico ferviente y práctico, caritativo, desinteresado y sin miedo, afán ni deseo perturbador⁴⁰.

De igual manera, estaba entroncado con el campo aragonés el apologista católico, escritor y erudito historiador bilbilitano Vicente la Fuente. Un catedrático de *Derecho Canónico*, académico de la Historia y Rector de la Universidad Central a quien frecuentará durante su época de doctorado madrileño:

Recuerdo mi entrada, acompañado de mi padre, su buen amigo, compañero y paisano, en el modesto piso de la calle de Valverde, y la franca y cordial acogida que aquel señor afable, locuaz, con su habla ceceosa, el acento dulce, el rostro expresivo, encuadrado por las patillas canosas; la amabilidad y el afecto con que recibió a aquel provinciano, estudiante de Doctorado, recién llegado a la Corte, y que en ella quedó a los pocos días, sumergido en el mareante tráfico de la vida madrileña. Sucesivas visitas me fueron descubriendo poco a poco las cualidades intelectuales de aquel varón alegre, socarrón, graciosísimo y acertado

39. E. Ibarra, «Aragoneses ilustres. Don Francisco Codera», *El Noticiero. Diario político independiente*, 5487 (martes 13 de noviembre de 1917), p. 3, recogido, junto a un extracto del catálogo de sus obras, en las 14 páginas del cuadernillo necrológico firmado por Eduardo Ibarra «en nombre de sus discípulos y amigos» y que estos le dedicaron a su muerte, citado por M.^a J. Viguera en «Al-Ándalus prioritario. El positivismo de Francisco Codera», p. XXXIX nota 120.

40. *Ibidem*. El entrecomillado sobre la amistad con su padre en E. Ibarra, «Prólogo» a «¿Por qué inició Castilla la colonización española en América? Última lección expuesta en cátedra por D. --- al ser jubilado, por edad, en 30 de enero de 1936», *Revista de la Universidad de Madrid*, II, I (1942), p. 7.

en los juicios de personas, doctrinas, libros y tendencias en boga; su casa fue en aquellos primeros meses de adaptación madrileña mi puerto de refugio espiritual, el lugar de consulta y de información científica, y pude apreciar entonces la extraordinaria y variadísima cultura de aquel hombre, que, con la mayor sencillez, bondad y llaneza, citaba libros y libros, sirviendo de guía y conductor al principiante; sólo he conocido en mi vida que ya no es corta, dos eruditos de su mismo tipo, que se llamaron Menéndez Pelayo y don Eduardo de Hinojosa⁴¹.

Una trama de paisanos sobresalientes en los medios académicos capitalinos, muchos de ellos neocatólicos (al lado de los citados, baste recordar al sacerdote José Salamero Martínez, académico de la de Morales y Políticas, tío y valedor de Joaquín Costa) entre los que destacaba, también, el darocense Toribio del Campillo⁴². Recordado por Ibarra, junto a Ignacio Andrés, Julio Monreal, Francisco Zapater y Severino Alderete, en el grupo de los «eruditos de buena ley»⁴³, el catedrático de *Bibliografía e Historia Literaria* en la Escuela Superior de Diplomática, fue uno de los prebostes del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos⁴⁴.

En el orden local, debió de sentirse impresionado por las palabras del «orador incomparable», Faustino Sancho y Gil⁴⁵. El gran propietario agrícola de Calatayud (como su padre Clemente y él mismo), krausista polifacético, republicano posibilista, promotor del Ateneo de Zaragoza y prohombre de la comunidad que falleció de manera repentina a finales de agosto de 1896⁴⁶. Y, sin duda, pudo reconocerse en la prosa arqueol-

41. E. Ibarra, «Palabras leídas en la velada necrológica en su honor, celebrada el día 27 de octubre en el Teatro Principal de Calatayud», reproducidas en «Homenaje a la buena memoria de D. Vicente de la Fuente y Bueno (q.s.g.h.), académico de número», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LXXXI-Cuaderno VI (diciembre de 1922), pp. 497-498. La bio-bibliografía de Vicente de la Fuente en I. Peiró y G. Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 263-265.

42. Toribio del Campillo envió dos breves colaboraciones a la *Revista de Aragón*, «Los esmaltes aragoneses», II, 8-9 (domingo 9 de marzo de 1879), pp. 62-65, y «La biblioteca del Doctor don Gabriel Sora», II, 27 (domingo 13 de julio de 1879), pp. 212-213; 28 (domingo 20 de julio de 1879), pp. 219-220.

43. E. Ibarra, «Homenaje», p. 1.

44. Sobre este catedrático nacido en Daroca (1824-1900), además de la necrológica de Vicente Vignau, «D. Toribio del Campillo y Casamor», *Revista de Aragón*, I, 3 (marzo de 1900), pp. 65-66, véase su voz en I. Peiró y G. Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, p. 155; y, de los mismos autores, *Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996, pp. 161-163.

45. E. Ibarra, «Homenaje», p. 1. La importancia y las colaboraciones de este personaje en la revista en J.-C. Mainer, «Sobre la Revista de Aragón (1878-1880)», pp. 144-145 y 173-174.

46. Sobre Faustino Sancho y Gil (Morés [Zaragoza], 10-02-1850 – Épila [Zaragoza] 29-08-1896), véanse las páginas que le dedica Francisca Soria Andreu en *El Ateneo de Zaragoza (1864-1908)*, Zaragoza, IFC, 1993 (su muerte y velada necrológica que le dedicó el Ateneo y en la que participó Ibarra en pp. 204-208); y *Las fiestas del Gay Saber. El caso aragonés*, Zaragoza, IFC, 1995.

lógica de Víctor Balaguer, el vate catalán estrechamente ligado a la tierra aragonesa. Tío del poeta barcelonés pero criado en la ciudad y miembro de la redacción de la revista, Valentín Marín y Carbonell, el cronista de Barcelona que dedicó una trilogía a *Los Pirineos* y un libro a *El Monasterio de Piedra*, fue honrado con «el título y timbre de hijo adoptivo» de Zaragoza⁴⁷, además de ser recibido como miembro de la Económica y «que el Círculo Mercantil «estrenará la luz eléctrica en la (sic) Salon la noche de sus lecturas»⁴⁸. Del predicamento adquirido por este hombre de letras catalán naturalizado zaragozano en los círculos regionalistas de la ciudad resulta indicativo que, en 1880, la revista que leía el primerizo Eduardo Ibarra se hiciera eco del ingreso de Balaguer en la asociación *Lo Rat Penat*⁴⁹.

Por lo demás, las relaciones del escritor vilanovés con los literatos de la región venían de largo, cuando menos, desde los tiempos en los que Jerónimo Borao ejerció de corresponsal aragonés del periódico político progresista *La Corona de Aragón*, que había fundado y dirigido en Barcelona entre 1854-1856. Actuó como mantenedor en los Juegos Florales de Zaragoza (1894) y Calatayud (1896) y, hasta el final de sus días, mantuvo la correspondencia con los principales hombres de letras locales (desde su gran amigo Borao y el poeta Víctor Iranzo Simón, hasta Faustino Sancho, Mariano Baselga, Cosme Blasco, María Pilar Sinués o Mariano de Pano y Ruata). En uno de los últimos actos públicos a los que acudió Balaguer, el político de largo recorrido montisonense con aficiones literarias e historiográficas lo coronó como «príncipe de las letras españolas y cantor egregio de la tradición aragonesa»⁵⁰. Apenas unos meses más tarde, el 16 de enero de 1901 por la noche, el tren que transportaba su féretro desde Madrid hasta el cementerio de Vilanova i la Geltrú, paró en la estación de Zaragoza donde una

47. El entrecomillado en Víctor Balaguer, *Discurso leído en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de la ciudad de Zaragoza por el Excmo. Sr. D. ---, y contestación al mismo por el Sr. D. Mariano de Pano y Ruata. Presidente del Cuerpo de Mantenedores*, Zaragoza, Imp. del Hospicio, 1900, p. 5.

48. «Carta de Faustino Sancho y Gil a Víctor Balaguer, Zaragoza, 8 mayo, 1896», en Enrique Miralles, *Cartas á Víctor Balaguer*, Barcelona, Puvill Libros, 1995, p. 512.

49. V. Balaguer, «Del renacimiento del lemosín», *Revista de Aragón*, III, 6 (25-8-1880), p. 172, citado por José-Carlos Mainer, «Sobre la Revista de Aragón (1878-1880)», pp. 154 y 158.

50. Mariano de Pano y Ruata, «Discurso del Presidente del Cuerpo de Mantenedores Sr. D. --- en contestación al anterior», en Víctor Balaguer, *Discurso leído en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de la ciudad de Zaragoza*, p. 32. Sobre este personaje que alcanzará el galardón de patriarca de las letras aragonesas, véase mi estudio introductorio, «*La Condesa de Bureta* o la arbitraria oportunidad de un Centenario», a la reedición de Mariano de Pano, *La Condesa de Bureta y el Regente Ric*, Zaragoza, Editorial Comuniter, 2006, pp. I-XLVI; y el apunte «Mariano de Pano y la historiografía española», en Alberto Sabio Alcutén (coord.), *De la Guerra de la Independencia a Joaquín Costa. Monzón en la tinta del siglo XIX*, Huesca, Ayuntamiento de Monzón, 2011, pp. 353-366.

comisión de condolencia, presidida por el alcalde y representantes de las principales entidades culturales ciudadanas, rindieron homenaje a sus restos⁵¹. El 24 de ese mismo mes, Eduardo Ibarra fue el primer orador de la velada necrológica que le dedicó el Ateneo zaragozano, glosando su figura de historiador y señalando la influencia que Balaguer había ejercido «entre los cultivadores de las ciencias históricas»⁵². Y, en 1902, en su particular ofrenda literaria aparecida en la *Revista de Aragón*, lo situó, al lado de Borao, en el pedestal de los dos «ilustres padres de nuestro renacimiento literario»⁵³.

En todo caso, si volvemos una vez más a los comienzos, a los primeros atisbos culturales de Ibarra, también cabe suponer que se reconociera con los pruritos de escritor del aspirante a catedrático Manuel Zabala y Urdaniz. Por aquel entonces, se trataba de un licenciado en Letras y Derecho muy conocido en la ciudad (su padre era el director del Colegio Politécnico de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza) que daba sus primeros pasos en la profesión docente en la que alcanzaría la cátedra de *Geografía e Historia* del Instituto de San Isidro de Madrid⁵⁴. Un literato novel que, antes de iniciarse en la carrera política en las filas de los demócratas martistas (será concejal y alcalde de Valencia en 1893, diputado a Cortes por Liria en 1898 y consejero de Instrucción Pública en 1904), trataba de hacerse un nombre en los círculos eruditos de su ciudad publicando en la *Revista de Aragón*⁵⁵.

CATEDRÁTICOS Y ERUDITOS: PRÓCERES DE LA HISTORIA ARAGONESA

En aquel tiempo donde no existían las fronteras profesionales y los límites entre la historia y la literatura eran borrosos, este núcleo primario de escritores y figuras relevantes de la comunidad aragonesa

51. Víctor Balaguer murió en Madrid el 14 de enero de 1901. Tenía 76 años, y el día 16, una formidable comitiva recorrió las calles de la capital hasta la estación de Atocha; véase Joan Palomas i Moncholi, *Víctor Balaguer. Renaixença, revolució i progrés*, Vilanova i la Geltrú, Ajuntament de Vilanova i la Geltrú, 2004, p. 591.

52. E. Ibarra, «Balaguer historiador», *Discurso leído en el Ateneo de Zaragoza en el mes de enero de 1901*, citado por Francisca Soria Andreu, *El Ateneo de Zaragoza (1864-1908)*, pp. 210-211.

53. E. Ibarra, «Homenaje», p. 1.

54. Una primera aproximación a la trayectoria de Manuel Zabala y Urdaniz (Zaragoza, 14-09-1852 – Madrid, 8-03-1927), cuyo hijo Pío Zabala y Lera será catedrático de *Historia Contemporánea de España* y primer Rector de la Universidad Central franquista, en la voz que le dedican I. Peiró y G. Pasamar en el *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, pp. 681-682.

55. Manuel Zabala, además de una poesía y un artículo de prosa erudita, publicó la primera parte del «Discurso pronunciado por su autor en las oposiciones á las plazas de Auxiliares en la Sección de Letras, vacantes en el Instituto de Zaragoza», *Revista de Aragón*, III, 10 (30-5-1880), pp. 143-149.

se completaba con los catedráticos de Historia universitarios, los académicos y los eruditos, aficionados a las cosas del pasado aragonés. Y en esta relación, la mirada lectora de Ibarra muy bien pudo identificarse con la erudición peregrina del prolífico Cosme Blasco y Val que, junto a otros escritos, había publicado en la *Revista de Aragón* una amplia «Biografía del erudito é insigne literato zaragozano. Don Jerónimo Borao»⁵⁶. Antes de escucharlo en las clases de Historia Universal durante su época de estudiante universitario, resulta difícil excluir el tipo de sentimientos que pudo suscitar en Ibarra la personalidad deslumbrante del popular catedrático⁵⁷. Al fin y al cabo, el celebrado escritor era compañero de su padre Clemente Ibarra y de su tío Pablo Gil y Gil en el viejo caserón de la plaza de la Magdalena donde todos lo conocían desde los «seis o siete años» cuando pasaba el tiempo «jugando con porteros y bedeles»⁵⁸. Pero no solo eso. Junto a sus cuadros de costumbres aragonesas que tanto estaban ayudando a la «invención» del *baturrismo*⁵⁹, las historias locales de Teruel, Daroca, Jaca, Huesca o Zaragoza escritas por el «catedrático de España que más obras ha publicado»⁶⁰, eran muy celebradas por la juventud zaragozana.

En este punto, sí es cierto que solo tenemos el recuerdo de Eduardo Ibarra de la primera *Revista de Aragón* para sustentar la suposición de que tenía un conocimiento extenso de la cultura histórica local. Lo que sí se podría demostrar, sin embargo, es que como otros chicos de su generación, aprendices de exploradores intelectuales que echaban raíces por todas partes y leían *La Derecha*, y las noticias del *Diario de Avisos de Zaragoza* («El Diarico») ⁶¹, debió de nutrirse con las lecturas

56. Cosme Blasco, «Biografía del erudito é insigne literato zaragozano. Don Jerónimo Borao», *Revista de Aragón*, I, 10 (8-12-1878), pp. 76-77; 11 (15-12-1878), pp. 84-85; 12 (22-12-1878), pp. 92-94; 13 (29-12-1878), pp. 100-101; II, 1 (12-1-1879), pp. 3-5; 2 (19-1-1879), pp. 10-12; 3 (26-1-1879), pp. 18-19; 5 (9-2-1879), pp. 34-35; y 6 (16-2-1879), pp. 42-44.

57. Sobre Cosme Blasco y Val (Zaragoza, 27-09-1838 – Zaragoza, 5-12-1900), véase su voz en I. Peiró y G. Pasamar en el *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, pp. 130-131; y la investigación de José Luis Flores Pomar, *Cosme Blasco Val. Aproximación a la biografía de un historiador*, Diploma de Estudios Avanzados (DEA), Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, defendido el 24 de septiembre de 2012.

58. E. Ibarra, «Prólogo» a «¿Por qué inició Castilla la colonización española en América? Última lección expuesta en cátedra por D. --- al ser jubilado, por edad, en 30 de enero de 1936», p. 3.

59. Bajo el seudónimo de *Crispín Botana*, escribió varias series de costumbres aragonesas, incidiendo especialmente en los aspectos más chuscos de la iconografía regional. Una panorámica en José Luis Acín y José Luis Melero en *Cuentos aragoneses*, Palma de Mallorca, José J. Olañeta, editor, 1997³.

60. Felix Latassa, «Blasco y Val (D. Cosme)», en *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa. Aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico-biográfico*, por Miguel Gómez Uriel, Zaragoza, Impr. de Calixto Ariño, 1884, I, p. 220.

61. J. Moneva, *Memorias*, p. 254. Las fichas descriptivas del periódico posibilista *La Derecha. Diario democrático* (1881-1901), fundado y dirigido por el catedrático de Medicina, concejal y político seguidor de Castelar, Joaquín Gimeno-Fernández Vizarra; y el *Diario de Avisos de Zaragoza. Noticias*,

de la historia que tenía a su alcance, y que esta pasó a formar parte del sedimento de su personalidad. Desde los días de su infancia en adelante, su fondo sentimental pudo verse impresionado con las estampas del pasado aragonés recogidas en los «manuales ó libritos de vulgarización para las escuelas»⁶². A continuación, con las representaciones almacenadas en las páginas de la popular *Historia de Aragón* de Antonio Sas, compuesta, ilustrada y adicionada por Braulio Foz:

cuyos cinco tomos —los de la Historia— había comprado mi padre por un duro en la librería de viejo de Comas Hermanos; de viejo por su mercancía y de viejos por sus dueños, lo mismo el alto y de bigote cenizoso que el de mezuquina estatura, gesto triste y bigote artificialmente negro. Catalanes ambos, «grat ne sia Deu»⁶³.

Y, como se ha dicho, con el caudal de imágenes vertidas en las historias municipales de la provincia, entre las que destacaban «las obras numerosas de D. Cosme Blasco»⁶⁴.

Conforme pasaban los años, sus códigos de adolescente pudieron encontrar mucho de admirable en la encendida defensa de la primitiva historia del viejo Reino realizada por el erudito, «menos apreciado de lo que merece, D. Tomás Ximénez de Embún»⁶⁵, editor de la *Crónica de San Juan de la Peña* que iniciaba la *Biblioteca de Escritores Aragoneses*, patrocinada por la Diputación provincial e impulsada por una junta en la que su padre actuaba de vocal⁶⁶. Lo que es más, viviendo como vivía en una sociedad de «viejos abogados foralistas aragoneses»⁶⁷, su curiosidad

decretos y anuncios. Periódico de la tarde (1870-1937), en Lola Hernández Ara et alii, *Repertorio de publicaciones periódicas zaragozanas anteriores a 1940*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Universidad de Zaragoza, 1998, pp. 124-125 y 131-134.

62. E. Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos en Aragón», en *Meditemos. Cuestiones pedagógicas*, Zaragoza, Cecilio Gasca, Librero, 1908, p. 33. Sobre estos «libritos», véase Eloy Fernández Clemente, «El aragonésismo didáctico: manuales y «catecismos» de Historia de Aragón, en la Restauración (1875-1931)», *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*, 69 (julio-septiembre de 1994), pp. 4-17; y mi introducción, «El Aragón de los niños de Rafael Fuster» a Rafael Fuster, *Compendio de la Historia de Aragón y Zaragoza para el uso de las Escuelas de Primera Enseñanza*, Zaragoza, Edicions de l'Astral, 1997, pp. VII-XXII (reedición facsímil de la edición de Zaragoza, Imp. y Lit. de F. Villagrasa, 1884).

63. *Historia de Aragón*, compuesta por A. S. y corregida, ilustrada y adicionada por Braulio Foz. Estudio preliminar de Antonio Peiró, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2003, 6 vols. (reproducción facsímil de la edición de Zaragoza, Imp. de Roque Gallifa, 1848-1850, 5 vols.). La cita pertenece a J. Moneva, *Memorias*, p. 61.

64. E. Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos en Aragón», p. 33.

65. *Ibidem*, p. 32. Una aproximación a la trayectoria del literato, erudito, historiador, archivero del Ayuntamiento y cronista de Zaragoza Tomás Ximénez de Embún y Val (Zaragoza, 1843 – Zaragoza, 9-04-1924), en Fernando Castán Palomar, *Aragoneses Contemporáneos. Diccionario biográfico*, Zaragoza, Ediciones Herrein, 1934, pp. 551-552; y *Gran Enciclopedia Aragonesa*, XII, pp. 3371.

66. E. Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos en Aragón», pp. 32-33.

67. E. Ibarra, «Prólogo» a «¿Por qué inició Castilla la colonización española en América?», p. 5. Un apunte sobre los foralistas aragoneses decimonónicos en José Ignacio López Susín, *Gente de leyes. El Derecho aragonés y sus protagonistas*, Zaragoza, IberCaja, 2004, pp. 102-129.

estudiantil le pudo llevar a leer las páginas de la *Reseña histórico-política del antiguo Reino de Aragón* y ojear, cuando menos, el largo estudio «Del feudalismo y de los señores territoriales de Aragón», publicado en la revista de los abogados, la *General de Legislación y Jurisprudencia*, por el famoso escritor y juriconsulto zaragozano, fallecido en 1874, Manuel Lasala⁶⁸. Y por la familiaridad de los nombres de sus autores y porque, según escribió a principios de siglo, «lo más interesante que acerca de Aragón se publicó en esta época, vió la luz fuera de él»⁶⁹, no cabe duda de que Ibarra tuvo noticias de «los *Estudios críticos acerca de la Historia y el Derecho de Aragón*, de D. Vicente de la Fuente, y las obras de D. Víctor Balaguer, Codera y [Manuel] Danvila»⁷⁰.

En cualquier caso, el hecho de que en sus escritos autobiográficos solo encontrara un pequeño lugar para el nombre de Blasco y Val, es significativo de cómo su admiración por las formas de pensar la historia de aquel «laborioso publicista» fue pasajera⁷¹, trocándose con el tiempo en cierto malestar, consigo mismo no menos que con sus profesores y colegas de Facultad. Pero hasta que eso ocurriera deberían de suceder muchas cosas. Por ahora, gran parte de la admiración que pudo sentir por los catedráticos de Historia debió encontrarla en el recién nombrado decano de la Facultad de Letras, Pablo Gil y Gil⁷². Hijo de una familia de propietarios rurales de la provincia, apasionado por la viticultura y antiguo profesor transeúnte por la geografía universitaria española, poseía la inteligencia versátil del amateur, la perseverancia del coleccionista rescatador de documentos y las aspiraciones del sabio, aficionado a la arqueología, la numismática o el arabismo. Pasiones que le permitieron ostentar con energía sus pretensiones eruditas en el espacio público de la cátedra, la cultura y la vida política ciudadana, pues, «la Historia lo abarca todo, [y] a él se lo consultaban todo»; confiriéndole la identidad que le convertiría, en las últimas décadas del XIX, en «la figura más representativa de la Universidad de Zaragoza»⁷³.

68. Manuel Lasala, *Reseña histórico-política del Antiguo Reino de Aragón*, Zaragoza, Edicions de l'Astral, 1993 (edición facsímil de la edición de Zaragoza, Imp. y Libr. de Roque Gallifa, 1865); y «Del feudalismo y de los señores territoriales de Aragón», *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, tomos XIII a XVIII (1858-1867).

69. E. Ibarra, «Estado actual de los estudios históricos en Aragón», p. 33.

70. *Ibidem*, pp. 33-34.

71. Así lo calificó E. Ibarra en «Homenaje», p. 1.

72. Natural de Alpartir, pueblo de la provincia de Zaragoza perteneciente al partido judicial de La Almunia y próximo a Calatayud, nació el 26 de enero de 1833, en el seno de una familia de propietarios rurales, y murió en Zaragoza el 10 de abril de 1905. La trayectoria académica de Pablo Gil y Gil en la voz que le dedican I. Peiró y G. Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, pp. 297-298.

73. Los entrecorillados en J. Moneva, «Don Pablo Gil y Gil», pp. 111 y 105, respectivamente.

Un personaje típicamente decimonónico, el de catedrático universitario de provincias, fue lo que quiso representar en la vida y, como tal, hasta resulta natural que Eduardo Ibarra se sintiera más ligado a este tío paterno, vecino de la calle Alfonso (vivía en el 3.º izquierda del número 13), que a cualquier otro de sus profesores de Historia.

Lo que es más, retrospectivamente resulta claro que el joven Ibarra halló en él un mentor académico y un maestro amigo que, de alguna manera, actuó como trasunto fiel de la imagen del padre. Y justamente porque, sin llegar a producirse la «transferencia» de sentimientos anunciada por Freud⁷⁴, muchas acciones de uno y muchas opiniones del otro parecen dictadas por las convicciones del catedrático y revelan la influencia ejercida sobre su discípulo. La fuerza de Gil y Gil residía en la inmediatez de la palabra. A través de ella y en forma de rotundas afirmaciones, proyectaba su naturaleza de «libro de texto oral» sobre el auditorio atónito de estudiantes que tomaban apuntes de la asignatura *Historia crítica de España*.

Aplicado a su tarea de explicar con firmeza la genealogía histórica del Estado nacional liberal y burgués, Pablo Gil le enseñó a utilizar la erudición provinciana para fundamentar y llenar de contenidos locales las imágenes de la historia de España⁷⁵. Dictadas en claves ideológicas las lecciones dedicadas por Gil y Gil al «antiguo Reino» medieval aragonés le debieron de confirmar en la idea tan absolutamente extendida entre los historiadores y los públicos de las regiones de que los pasados de sus localidades eran partes complementarias y nunca representaciones alternativas y separadas, distintas o antagónicas, de la cultura nacional española⁷⁶. Y es que, «cuantas veces pudo y, en cada una, lo más que pudo»⁷⁷, Pablo Gil fue un esforzado defensor de

74. Peter Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1989, p. 57.

75. Frente a las opiniones que entienden la presencia o construcción de las identidades locales o los provincialismos como un fenómeno de signo opuesto al proceso de creación de la cultura nacional española a lo largo del siglo XIX, Virginia Maza explicó cómo, desde la aparición del libro de Josep María Fradera (*Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)*, Barcelona, Curial, 1992), se están desarrollando unas líneas de investigación que, además de plantear la necesidad de profundizar en la historicidad de la identidad nacional española en el XIX, destacan los nexos entre liberalismo, identidad regional y nacional, afirmando la importancia de lo local y la construcción de las regiones en la aceptación del nuevo marco nacional («El pasado de los territorios. El recurso a las tradiciones institucionales territoriales en la legitimación del Estado constitucional. La obra de Braulio Foz», en Carlos Forcadell *et alii* (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 228-230, notas 1-8).

76. Véase I. Peiró, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006 (1996¹), pp. 89 y 138-143.

77. J. Moneva, «Don Pablo Gil y Gil», p. 125.

ese pueblo que ya desde los primeros días de su aparición en la Historia se muestra como instrumento penetrado de su fin histórico, el primero en Europa en perseverancia y valor, hasta hoy inquebrantable, y sí solo aherrojado por los excesos brutales de una fuerza extraña, pero adormecido por el peso de largos infortunios, ha seguido arrastrando una vida lánguida, aislada, siendo por cierto digno de mejor suerte, pueblo en suma, cuyo buen sentido y libertades políticas son aun en nuestros días la admiración del mundo⁷⁸.

Un catedrático que, ni dudaba en indignarse públicamente al «oír o leer que alguien llamaba “Coronilla” a la gloriosa Confederación; llamada, por antonomasia injusta, como lo son todas las antonomasias, “¡Monarquía Aragonesa! ¡¡¡Coronaza!!!”, decía con voz terrible»⁷⁹. Ni menos aún, en utilizar las ideas popularizadas por Thierry, Guizot o Savigni treinta años antes, para reclamar, como parte de la memoria propia de las «clases medias», el papel histórico del «llamado Tercer Estado», porque:

Aragón se adelanta á casi todos los pueblos de Europa en los resultados de esa lucha tenaz de las clases de la sociedad, que es por decirlo así, la lucha del hombre con el hombre á fin de rescatar su dignidad, tan ultrajada en los pueblos antiguos.

Los Comunes son el primer elemento de las naciones; el movimiento comunal que se manifiesta en Europa en el siglo XII, abre la era de las nacionalidades; de ellos nace bien pronto el Tercer Estado, y el Tercer Estado es toda la nación menos algunos privilegiados⁸⁰.

Más adelante, Eduardo Ibarra se daría cuenta de que los sentimientos son una materia sospechosa para el profesional de la historia y que solo puede emplear algunos detalles, seleccionados con mucho cuidado y expresamente relacionados con sus categorías de trabajo, dado que lo que importa es acercarse a la *verdad*⁸¹. Pero en aquellos momentos

78. Pablo Gil y Gil, «Las libertades políticas de Aragón fueron la causa principal de su grandeza en la edad media». *Discurso leído el 31 de mayo de 1863, por el catedrático de Historia Universal en el acto solemne de su recibimiento en la Universidad de Oviedo*, Oviedo, Imp. y Lit. de Brid, Regadera y Comp., 1863, pp. 8-9.

79. J. Moneva, «Don Pablo Gil y Gil», p. 125.

80. P. Gil, «Las libertades políticas de Aragón...», p. 19. La Edad Media como una «reivindicación militante de la burguesía», divulgada por los historiadores franceses de la monarquía de Julio, en Juan José Carreras, «Edad Media, instrucciones de uso», en Encarna Nicolás y José A. Gómez (coords.), *Miradas a la historia. Reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, pp. 18-19.

81. Como explicó Juan José Carreras, «en un historiador lo grave no es aquello que resulta de sus sentimientos, de su elección política personal, sino lo que se le impone como consecuencia de las categorías con que trabaja» («Categorías históricas y políticas: el caso de Weimar», *Mientras Tanto*, 44 (enero-febrero 1991), pp. 99-110).

de su juventud no era capaz de ver tales dificultades. Después de todo, acomodados a los dictados de su corazón aragonés y las convecciones comunales, su profesor de *Historia de España* le proporcionó nuevos objetos de admiración al explicarle las razones históricas del proyecto nacional como una sinécdoque de su percepción del mundo. Un mundo cuya realidad, guiada por las impresiones del hombre de letras y las ideas políticas del liberalismo conservador, presentaba un contraste sumamente alentador con el moderantismo clerical y el tradicionalismo que se respiraba en la casa familiar.

FINAL: EL SENTIDO DEL PAISAJE DE LOS ARAGONESES

Sea como fuere, lo cierto es que en una época donde «lectura y vida corrían paralelas»⁸², casi de inmediato el estudiante Eduardo Ibarra entraría en el juego de la competencia literaria y, con el tiempo, tanto los profesores como también la mayoría de los poetas y publicistas que constituyeron el amplio repertorio de colaboradores de la primera *Revista de Aragón*, acabaron por ser compañeros de un viaje hacia la élite de la inteligencia literaria regional. Por todo ello, existen motivos para creerle y suponer que los ideales de regeneración artístico-literaria y legitimidad histórica aragonesa se grabaron en su conciencia desde los tiempos de lector adolescente.

Y es que, cuando escribía esto en 1902, para el codirector de la nueva *Revista de Aragón* se trataba de responder a las exigencias del entorno de principios del siglo XX, estableciendo una continuidad narrativa entre el pasado y el futuro de su actividad intelectual. Más precisamente, la asunción *a posteriori* del legado específico de la revista nos ayuda a distinguir una característica objetiva del itinerario seguido por Ibarra hasta alcanzar su «segunda naturaleza» y convertirse en lo que era a principios de siglo: un historiador profesional definido originalmente por su posición en el espacio de lo local que acepta la herencia inevitable que le proporcionó la «comunidad de descendencia» aragonesa como una manera de inventar su propia libertad (su espacio de libertad profesional, podríamos decir)⁸³. Y ello tanto más cuanto

82. Robert Darnton, «Historia de la lectura», en Peter Burke, *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 179.

83. La caracterización de los escritores en relación con la situación que ocupan en el espacio literario nacional y la invención de su libertad, es decir, la forma que cada uno tiene «de perpetuar, transformar, rechazar, aumentar, negar, olvidar o traicionar su legado literario (y lingüístico) nacional», en

que, reactualizado según los criterios de la modernidad concreta del presente contemporáneo⁸⁴, la percepción temporal de este acervo regional (genealógico y parental) le estaba suponiendo la consagración de su protagonismo en la vida zaragozana. Así se comprende tanto la máscara de seudónimos bajo la que no dudará en ocultar su personalidad de «intelectual público» (*Anacleto Rodríguez, Dr. Alqueces, Z o Paulino*) como sus constantes transmuciones en periodista, literato, crítico o teórico que se sabe con la suficiente autoridad y poder para emitir, por ejemplo, veredictos de legitimidad estética y otorgar valores literarios. Esto sucedió con su texto, significativamente titulado *Los nuevos novelistas aragoneses*, en el que descubrirá esta imagen al presentar al público nacional el nuevo paisaje de figuras aragonesas que formaba la «moderna» literatura local que sigue cultivando «preferentemente el baturrismo ó estudio de los baturros, esto es, de los campesinos aragoneses»⁸⁵. Tras describir las tramas pintorescas de las novelas y el naturalismo «sin pizca de idealismo» o la «seriedad de la raza» de sus autores (considerado un valor propio y una peculiaridad natural de la comunidad regional)⁸⁶, en las últimas páginas del artículo reflexionaba sobre las expectativas de futuro de una escuela «provinciana» cuyo desfase temporal y estético con respecto a la cronología literaria nacional le resultaban tan evidentes como a los propios escritores⁸⁷.

En cualquier caso, ni todo serían impresiones negativas, ni mucho menos había acabado el tiempo de los modernos héroes aragoneses. El 12 de febrero de 1911, Joaquín Costa y Martínez fue incorporado a la galería de varones ilustres construida durante el último cuarto del Diecinueve. Y, una vez más, Eduardo Ibarra fue un testigo privilegiado de la ceremonia de las cenizas ilustres y consagración comunitaria de un personaje de quien había oído hablar desde niño. Tanto en su casa

Pascale Casanova, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2001, pp. 62-66. Y una nota acerca de los espacios de libertad disciplinar de los historiadores en mi libro, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2013, p. 143, nota 63.

84. Sobre las premisas de la modernidad del grupo de burgueses aragoneses de principios de siglo y la relación metonímica que establecen entre el moderno Aragón y la «moderna» cultura, véase José Luis Calvo Carilla, *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, pp. 76-77.

85. Eduardo Ibarra, «Los nuevos novelistas aragoneses», *Helios*, XIV (1904), p. 41.

86. *Ibidem*, pp. 52-53.

87. *Ibidem*, pp. 53-54. Sobre la relación entre modernidad y los diferentes tiempos literarios, véase P. Casanova, *La República mundial de las letras*, pp. 122-142. La contextualización literaria de los novelistas aragoneses a los que se refiere Ibarra, en José-Carlos Mainer, «La invención estética de las periferias», pp. 30-32; y José Luis Calvo Carilla, *El modernismo literario en Aragón*, y los capítulos centrales de su libro *Escritores aragoneses de los siglos XIX y XX*, pp. 123-237.

como en la Universidad, había escuchado los comentarios de sus obras y de su avasalladora existencia —incluida la vehemente historia de sus fracasos universitarios—⁸⁸. Pronto tuvo la ocasión de cultivar su amistad, de disfrutar con sus trabajos que partían del Derecho para llegar a la historia, la antropología o la sociología, y recibir la influencia de su agrarismo y populismo político. Y poco a poco percibió la transformación del León de Graus en una representación viva del tipo de los individuos heroicos a quienes era posible imitar. Después de todo, se trataba de un intenso luchador nacido en las tierras altas aragonesas, admirador de Franklin, de Emerson y de Carlyle, de Julio Verne y Goethe. Un personaje orgulloso de su patria chica cuyas imágenes construyó desde la claridad de su propio ser, mientras de manera incansable, recorría con su mirada el solar ribagorzano.

Por lo demás, existía el convencimiento de que Joaquín Costa poseía el espíritu eminentemente «apostólico y profeta» de los que entienden «la existencia en tanto que agonía, en tanto que lucha constante por ser y progresar». Y ni siguiera sus detractores más acérrimos cuestionaban que era un sabio virtuoso al cual solo le importaba «el *studium* en sí, el viejo *afán* latino por aprender algo», sin distinción de disciplina alguna y que entendía la «interminable tarea del conocimiento [...] como placer y como maldición, pero al cabo ahí es donde el autor de *La vida del derecho* se sentirá a gusto hasta el resto de sus días»⁸⁹. Una figura eminente que tras experimentar el sacrificio y la enfermedad, los fracasos personales, el rechazo universitario y las decepciones políticas, se había tallado a sí mismo con la madera de los héroes de la negación. Sin llegar a adoptar la lógica de los anti-héroes, lo hizo tomando distancia respecto al *gran hombre* real, humanista y cívico (a la manera de Voltaire o de Benjamin Constant)⁹⁰. Para hacerlo así, se situó en el plano de quienes, alejados del disimulo, del necio narcisismo y del deseo de la reputación (de inspiración gracianesca)⁹¹, se identifican con las acciones patrióticas que realizan, con las batallas

88. Véase I. Peiró, *Luces de la Historia. Estudios de historiografía aragonesa*, pp. 15-121. Diferentes aproximaciones a su vida y su obra en las distintas colaboraciones reunidas en el libro editado por I. Peiró, *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012.

89. Los entrecomillados en Juan Carlos Ara Torralba, «La minuta de un proyecto vital». Introducción a J. Costa, *Memorias*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza – Institución «Fernando el Católico», 2011, p. XXX.

90. Véase D. Fabre, «L'atelier des héros», en P. Centlivres, D. Fabre y F. Zonabend (dirs.), *La fabrique des héros*, pp. 238-241 y 261-265.

91. *Ibidem*, p. 235. La reputación en Gracián en A. Egido, «Estudio preliminar» a Baltasar Gracián, *El Héroe*, p. LXVIII.

civiles que emprenden y con la implacable observancia de las reglas de sus particulares códigos de comportamiento. Y todo eso, desde un sentimiento de la vanidad de todo (de desesperación, de derrota y de muerte)⁹². No fue un hombre práctico y, menos aún, sería un héroe discreto.

Treinta y tres años después de haber asistido al entierro de Jerónimo Borao, el ahora respetado catedrático de *Historia Universal moderna y contemporánea* Eduardo Ibarra tuvo la ocasión de contemplar desde el balcón de su casa en el piso 3.º del número 10 de la calle Alfonso, la inmensa manifestación de duelo del pueblo zaragozano por el fallecimiento de Joaquín Costa (recogida en la instantánea tomada por el fotógrafo Luis Gandú Mercadal)⁹³. El cadáver del gran tribuno comenzaba a diluirse como celebridad conforme su féretro avanzaba por las calles de la capital del Ebro hasta el cementerio de Torrero. Y entre tantas lágrimas, su naturaleza humana dignificada por la muerte se fue impregnando de las virtudes fraternales que otorga el sentido del paisaje de los aragoneses (que «han llevado en su alma, hasta la muerte, la esencia de esa tierra, de ese paisaje y de esa raza», escribió Azorín con palabras de la época)⁹⁴. Una metamorfosis que los discursos del presente, la fama y la posteridad conmemorativa le harían resucitar en una multiplicidad de representaciones heroicas.

De manera inmediata se desencadenó la Primera Guerra Mundial y el gobierno del conservador Dato declaró la neutralidad de la Monarquía española. En las siguientes dos décadas, la catástrofe bélica de las «naciones en guerra» europeas convirtió la experiencia de la pena y la práctica masiva del luto en dos aspectos fundamentales para el renacimiento del «culto político a los muertos», la renovación de la fábrica de los héroes-soldados y el auge del sentimiento nacional (el *pro patria e mori* de Kantorowicz)⁹⁵. Mientras tanto, en España

92. Recojo la idea de Italo Calvino, «Hemingway y nosotros», en *Porqué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 229.

93. La fotografía de Gandú y la razones de los otros que convirtieron a Costa en una personalidad inalcanzable, en I. Peiró (dir.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas, catálogo de la exposición celebrada en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza. Del 22 de marzo al 5 de junio de 2011*, Zaragoza, Gobierno de Aragón-Dirección General de Cultura, 2011, pp. 210-304.

94. Azorín, «En tierra aragonesa», *ABC* (viernes, 10 de febrero de 1911), p. 5, reproducido en I. Peiró, «Perfiles, memoria e historia de Joaquín Costa. Una selección», en I. Peiró (ed.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario*, p. 146.

95. De la abundante bibliografía sobre el tema, véase Jay Winter, *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history*, New York, Cambridge University Press, 1995; y las páginas que dedican Antoine Prost y Jay Winter a la historiografía cultural, la religión y el duelo, el sentimiento nacional y la memoria de la guerra, en *Penser la Gran Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Éditions du Seuil, 2004, pp. 42-50, 227-233 y 241-245. Para la utilización nacionalista del «culto

las políticas de heroización mantuvieron los parámetros decimonónicos que encontraban su vivero fundamental en los prohombres de la política, las glorias literarias y, como mucho, en los mártires de la religión y la patria centenarios (la Guerra de la Independencia)⁹⁶. Es decir, aparentemente, todo seguía igual. Y, de ese modo, los lugares de la memoria ciudadana de la capital aragonesa se siguieron poblando con las figuras de los literatos, los artistas y los sabios (Mariano de Cavia, Santiago Ramón y Cajal, Marcos Zapata, Eusebio Blasco o Goya). Pero, como sabemos, solo era una apariencia. Las cosas de la iconología y la sensibilidad política estaban cambiando a marchas forzadas⁹⁷. En los años treinta, el paisaje con figuras de la tierra aragonesa comenzó a resquebrajarse ante los embates de los *hombres sin cualidades* que reclamaban su protagonismo en el nuevo horizonte de expectativas de la sociedad y la cultura nacional española. Luego vino la guerra de 1936-1939 y la política oficial de la memoria franquista negó el recuerdo de aquellos hombres, eludió el pasado liberal y, sin alternativa, echó al olvido la democracia.

político a los muertos» y cómo, con sus peculiaridades, servirá de motivo para la estatuaría pública en los diferentes Estados nacionales, véase el capítulo firmado por Michael Jeismann y Rolf Westheider, «Wofür stirbt der Bürger? Nationaler Totenkult und Staatsbürgertum in Deutschland und Frankreich seit der Französischen Revolution», en Reinhart Koselleck y Michael Jeismann (Hrsg.), *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne*, München, Wilhelm Fink Verlag, 1994, pp. 23-50; y Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. 65-101 y 103-128.

96. Véase I. Peiró, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008). Un estudio sobre las políticas del pasado*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008.

97. Véase Faustino Oncina, «Introducción», a R. Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, pp. XXIII-XXVIII.